

mas. Lo que no se comprende es por qué no mencionó el abate Bernis en sus memorias este motivo de la irritación francesa; cosa tanto más extraña cuanto que este mismo abate fué el que dió al embajador de parte del ministro la explicación que pedía del verdadero objeto de su misión. Esta no se reducía ciertamente á «tomar el pulso» al rey de Prusia. En toda su relación el abate Bernis no menciona siquiera la negativa con que Federico contestó á las proposiciones de la corte de Francia, presentando como único motivo de las resoluciones extraordinarias que se tomaron, el disgusto que causó la conducta informal del rey. No sospechaba el abate á qué terrible condenación de su propia conducta se exponía explicando el rompimiento entre su país y la Prusia y toda la política tradicional de la Francia respecto de Alemania, únicamente por la indignación que en la corte de Luis XV había producido una pretendida falta de cortesía del rey de Prusia.

La verdad era que la nueva política de la Francia había sufrido en Berlín una derrota, que fué activamente explotada por el Austria y sus imbéciles partidarios de Versalles; por eso fueron inútiles todos los esfuerzos que hizo la Prusia para disipar lo que Knyphausen llamó «un germen de desconfianza y de disgusto» y que en realidad fué una cosa muy distinta.

Federico II se equivocó por su parte completamente en sus cálculos acerca de la influencia que el partido antiprusiano tenía ya en Versalles, y sobre sus planes y disposiciones cada día más enérgicas, como lo prueba la carta que dirigió el 10 de febrero á su representante Knyphausen. «Ahora, le decía, se presenta á V. ocasión de darme pruebas positivas de su talento. Es preciso manejar todos los resortes para descubrir si un acto tan inocente de mi parte ha causado por ahí algo más que mal humor. Si solo es un arranque de desagrado fugaz de los que ahí son frecuentes, puedo renovar el tratado que tengo hecho con Francia, pero si ha quedado en los corazones una espina oculta, tendré que proceder de una manera muy diferente. Por mi parte estoy convencido de que esos ministros no encontrarán en Viena más que buenas palabras; y cuando vean que allí nadie piensa en sacrificarse por ellos, se darán por contentos con poder tratar otra vez conmigo; lo mismo les sucederá con España, y en fin de cuentas se convencerán de que ni la una ni la otra potencia tienen deseo de mezclarse en su guerra de pesquerías. Procure V. halagar á la P. (Pompador) para ver si suelta la lengua y le dice en un momento de impremeditación lo que los ministros callan por sistema; quizás vuelva ella las cosas á su carril.»

Ya hemos visto por las Memorias del abate Bernis que la causa de Prusia estaba perdida sin esperanza en la corte de Versalles antes que Federico escribiera á su embajador la instrucción que precede, y esto por motivos que nada tenían que ver ni con una buena política, ni con el criterio práctico más común.

La alianza franco prusiana del año 1741 tenía fijada su duración en 15 años, según el artículo octavo del tratado principal. Habíanlo firmado los plenipotenciarios de ambas potencias en Breslau el 5 de junio del citado año; el 14 lo había ratificado con su firma el rey Luis; el 1.º de julio lo ratificó Federico II y el 5 del mismo mes se cambiaron las ratificaciones, de suerte que caducaba el tratado lo más tarde el 5 de julio de 1756. Si hasta esta última fecha no se había renovado quedaban libres de compromisos mutuos las dos partes contratantes. La renovación no se hizo; y cuando Federico tuvo esta seguridad, ya no se le podía ocultar que se había equivocado completamente y que su política de paz había naufragado.

VII.—FEDERICO EL GRANDE SE DECIDE POR LA GUERRA
Y ATACA

Antes de caducar irrevocablemente el tratado de alianza con la Francia, estuvo Federico el Grande en la mayor incertidumbre respecto del efecto que causaría en el ánimo de su aliada el tratado de Westminster. No sabía si al fin se consolaría de haber de renunciar á la cooperación de las fuerzas prusianas contra el Hanover; pero contaba con la victoria final del buen criterio francés que convencería á este gobierno de que tenía el mayor interés en la conservación de la paz continental; y en el peor caso esperaba que sería fácil renovar la alianza. Creyó por otra parte imposible que la Francia renunciara tan completamente á su política tradicional, y se echara sin reserva alguna en los brazos del Austria. Con estas reflexiones miró sin gran cuidado hácia el Occidente; y con mayor tranquilidad todavía en dirección del Nordeste, ó sea de San Petersburgo, porque no dudaba que con el tratado de Westminster había desarmado á los rusos, si ya no los había transformado en aliados. Este, por lo menos, era el resultado, para él infalible, del tratado de neutralidad, porque las declaraciones de sus embajadores, las seguridades de los ministros ingleses que podían responder de la corte de Rusia, eran todas tan terminantes, que Federico II estaba intimamente persuadido de que los rusos seguirían á ciegas «la voluntad de la Inglaterra, su aliada, y de que á mal andar no se declararían contra ningún aliado de aquella potencia. Repetidas veces preguntó Federico á Andrés Mitchell, el nuevo embajador inglés acreditado cerca de su persona, si la Inglaterra estaba perfectamente segura de los rusos; y cuando el embajador le respondió que esta era la convicción de su soberano y de sus ministros, no dudó ya más y hasta hizo sus cálculos sobre la manera mejor de utilizar los 30,000 rusos de tropas auxiliares, que según él podían embarcarse en los puertos de Curlandia y Livonia para desembarcarlos en caso necesario en las costas de la Prusia Oriental y de la Pomerania bien que preferiría tenerlos en su poder como prenda de la fidelidad de la Rusia. Así lo manifestó á Mitchell en la conferencia del 14 de mayo de 1756, y en otra que este embajador menciona en una relación que lleva la fecha del 27 del mismo mes. Pocos días después la diplomacia inglesa tuvo que despertar de sus apacibles ensueños.

Con fecha 28 de mayo comunicó el ministro inglés Holderness al embajador Williams en San Petersburgo, que Austria á pesar de las reflexiones de otras potencias acababa de celebrar un convenio con la Francia, en el cual muy probablemente se trataría de hacer entrar á la Rusia, y que importaba desde luego disuadir al gobierno ruso de semejante paso que le apartaría del buen camino.

Antes de haber recibido Williams esta comunicación, escribió otra por su parte fechada en 29 de mayo y dirigida al gabinete de Londres, diciendo que de todos lados se dirigían tropas á Livonia; que se habían dado órdenes de aumentar el ejército, que contaba 140,000 hombres aproximadamente; á saber: 36 regimientos de infantería, 3 de caballería pesada, 5 de husares, 20,000 cosacos y la artillería correspondiente; y por último que algunos generales habían ya marchado para Riga. Estos armamentos y movimientos de tropas, sin haber solicitado Inglaterra el auxilio de la Rusia, y sin saber siquiera su objeto, parecieron sospechosos hasta al optimista Williams, el cual pocos días después, el 3 de junio, añadió á las noticias anteriores, que la emperatriz no disimulaba ya su odio á la Prusia, y que por el contrario aplaudía calurosamente, y lo mismo hacían todos

sus ministros, cuanto iba dirigido contra la nación prusiana. Williams abría ya los ojos, bien que solo para ver como una sombra incierta, á semejanza de la que se empezaba á revelar á Keith que escribió el 7 de junio desde Viena á su gobierno: «Sé por buen conducto que Rusia y Austria están estrechamente unidas y obran en un todo de acuerdo. Quiere engañar y adormecer á la Inglaterra hasta que tengan sus planes bien madurados y á punto de ejecución.»

Habia llegado, pues, el momento de que la sabia Inglaterra se convenciera de que las sumas enormes que había hecho repartir por su embajador Williams en San Petersburgo habían ido á parar á los bolsillos de sus enemigos. «Si los subsidios destinados á la corte de Rusia, escribió Federico el Grande (1), hubiesen sido repartidos entre las de Brunswick, Cassel, Gotha y Darmstadt (las cita por insignificantes) habrían valido más á la Inglaterra en la crisis actual para proteger el Hanover.»

La noticia de la concentración de las fuerzas rusas conmovió á Federico extraordinariamente. Sobre esto escribió un año después: «Mi objeto era conservar la paz en Alemania; pero en la primavera de 1756 supe que se concentraban en la Curlandia grandes fuerzas rusas, lo cual me pareció tanto más incomprensible en cuanto que sabía por mis relaciones con los ingleses que estos eran ajenos á tales movimientos. Pedí sobre ellos explicaciones al gabinete de Londres, y cuando me dijeron que se verificaban sin su conocimiento, sospeché algo serio de los rusos. Cuando estuve en junio en Magdeburgo, supe que se reforzaba considerablemente aquel ejército; y todas estas circunstancias, unidas á la correspondencia que se ha impreso me convencieron de que la Prusia estaba amenazada de una invasión. Entonces envié algunos regimientos á Pomerania para poder reforzar con ellos á la primera señal las tropas de la Prusia Oriental. Este movimiento que de ningún modo podía dar motivo á sospechas á la reina de Hungría, fué causa de que concentrara numerosas fuerzas en Bohemia.»

¿De dónde sabía Federico lo que se preparaba en Rusia? Lo regular habría sido que los ingleses se hubiesen apresurado á enterar de lo que pasaba á un soberano que por su causa, y confiando en sus declaraciones tranquilizadoras respecto de la actitud de la corte de Rusia, se había expuesto á un inmenso peligro, y que bien merecía ser avisado de cosas que tan de cerca le interesaban. Los ingleses, en vez de proceder así, hicieron lo contrario.

Las noticias que Williams envió á su gobierno á fines de mayo y principios de junio habían sido preciosas para el rey Federico si las hubiese sabido; pero Mitchell, el embajador inglés en Berlín, que había leído las tales cartas y cuyo deber más sagrado era comunicarlas al instante al rey, escribió al ministro inglés lord Holderness con fecha 22 de junio, en la seguridad de que había procedido á satisfacción completa de su superior, que «había guardado cuidadosamente secreto el contenido de la carta de Williams del 5 (ó del 3 quizás) de aquel mes, y que se esforzaba por ocultar del mejor modo que podía lo mal que andaba la causa inglesa en Rusia. Lo que temían los diplomáticos ingleses era en primer lugar que el rey de Prusia descubriese que el odio de la emperatriz hácia él había sido atizado por el gobierno inglés con febril empeño, y que á la sazón iba á producir abundantemente la fatal cosecha que la casa de Hanover y la sandez inglesa habían sembrado en San Petersburgo. En segundo lugar era bochornoso para un gabinete como el inglés, confesar que no tenía influencia ninguna donde había asegurado tenerla tan grande, y que después de haber gas-

(1) El 2 de agosto en su carta á Mitchell.

tado inmensas sumas para adquirirla, se veía burlado y desbancado por la Francia y el Austria.

Estaba reducida la única fuente de noticias que Federico tenía á su corresponsal de Sajonia, cuyas revelaciones por lo demás no tenían precio, cuando súbitamente se le agregó otra igualmente preciosa y de todo punto inesperada, ultraconfidencial y auténtica en el mismo gran duque Pedro de Rusia.

Entre las comunicaciones de Sajonia le llegó á Federico una en extremo instructiva. Era una copia de una carta que el representante de Sajonia en Viena, conde de Flemming, escribió con fecha 12 de junio al conde de Brühl. Tratada de una conversación que Flemming había tenido con el canciller Kaunitz sobre los armamentos de la Rusia, y decía así: «Pregunté por el objeto de tales aprestos; y aunque el ministro no se explicó con claridad, tampoco me contradijo cuando le observé que tan grandes preparativos más parecían dirigidos contra el rey de Prusia que á cumplir las obligaciones que la Rusia había contraído para con la Inglaterra. Después, cuando añadí que no podía comprender cómo la Rusia mantendría tan numerosas fuerzas fuera de su territorio si llegasen á faltar los subsidios ingleses, á no ser que la emperatriz María Teresa estuviese dispuesta á encargarse de cubrir los descubiertos, me contestó: que no se miraría el dinero con tal que se emplease bien. Estas fueron sus propias palabras; y cuando repuse que era de temer que este monarca (Federico II) tan sagaz, sospechara en todo esto una inteligencia entre Rusia y esta corte (la de Austria) y cayera súbitamente sobre ella, me dijo que esto le daba muy poco cuidado, que el rey Federico ya encontraría la horma de su zapato, porque se estaba preparado para todo evento.»

A mediados de julio recibió Federico otra noticia «positiva y circunstanciada» que no permitió ya ninguna vacilación. Decía así: «Entre las dos cortes imperiales existe el plan de arrojarse ambas simultáneamente sobre S. M. prusiana con 80,000 austriacos y 120,000 rusos. Este plan debía ejecutarse ya en 1756, pero se había aplazado su ejecución hasta la primavera de 1757 porque la Rusia carecía á la sazón de soldados, marineros y víveres, debiendo ambas cortes aprovechar el tiempo intermedio para preparar con más abundancia todo lo necesario á fin de asegurar el buen éxito de la empresa.» Esta carta decía además que «el consejero ruso Bejtzeff, á su paso por Prusia, dirigiéndose á Paris, había estudiado las costas de Pomerania para ver si podía hacerse en ellas un desembarco» (2)

Siendo el autor de esta carta, cuyo contenido quedó luego completamente confirmado por otras noticias de diferentes procedencias, el joven gran duque, admirador entusiasta de Federico el Grande, que vivía en San Petersburgo donde era enemigo declarado de la política imperial, no podía el rey servirse de ella para hacerla pública; pero mandó llamar en 17 de julio al embajador inglés Mitchell al cual pintó la situación en que se encontraba según las noticias más recientes que tenía, y le anunció su resolución de impedir procediendo con rapidez y energía que el peligro adquiriese mayores proporciones y llegara acaso á ser invencible. Estando patente la conspiración, dijo Federico, quizás un ataque rápido y feliz logrará deshacer la tormenta, y si es posible dar un golpe á la cabeza de la conspiración de modo que no pudiese continuar la guerra el año próximo, quizá sus aliados perderían también las ganas de continuarla, al ver que tendrían que llevar ellos exclusivamente toda la carga.

(2) Encuéntrase esta carta en el *Recueil des déductions, manifestes, déclarations, traités* de HERTZBERG, tomo I, págs. 141 y 142.

Mitchell no quiso reconocer la urgencia del peligro y opinó que quizás no tenía el Austria mas idea que excitar al rey para que diera el primer paso, á fin de tener un motivo para reclamar el auxilio armado que Rusia y Francia estaban obligadas á prestarle en el caso de que el rey de Prusia violara la paz. A esto le contestó el rey con ojos chispeantes y voz áspera: «Caballero, ¿qué ve V. en mi cara? ¿Le parece mi nariz hecha para recibir papirotazos? ¡Por Dios juro que no lo sufriré!» y parándose delante del retrato de María Teresa dijo despues: «Esta señora quiere la guerra; pues cuanto antes la tendrá. No puedo remediarlo si tengo que adelantarme á mis enemigos; mis tropas están dispuestas, y voy á probar si puedo deshacer la conspiracion antes de que adquiera mayor fuerza.»

La única concesion que logró el embajador inglés con sus objeciones fué que el rey al fin se mostrara dispuesto á exigir una explicacion de la emperatriz María Teresa antes de tomar la ofensiva, sin hacerse por lo demás ilusiones sobre el tenor de la contestacion que ya suponía cuál sería. Efectivamente, al día siguiente envió orden á Klinggraeff, su embajador en Viena, de preguntar á la emperatriz con frases modestas y toda la cortesía correspondiente si los movimientos de tropas en Bohemia y Moravia, de los cuales le llegaban noticias por diferentes conductos, iban dirigidos contra él (1).

Klinggraeff recibió la orden el 24 de julio, y al día siguiente, por medio del conde de Kaunitz, á quien comunicó su encargo, solicitó una audiencia de la emperatriz. El ministro austriaco prometió complacerle y salió para Schönbrunn, residencia de verano de la emperatriz, elaborando en el camino la contestacion que esta tendría que dar al día siguiente al embajador prusiano. Kaunitz creyó descubrir en la pregunta del rey de Prusia dos objetos: primero entrar en explicaciones para dar largas á los planes del Austria, planes que el conde deseaba por el contrario impulsar con la mayor actividad y energía, y segundo entablar negociaciones para hacer proposiciones y concesiones importantes. Ni una cosa ni otra convenía al gran canciller de María Teresa; de suerte que la contestacion de su soberana había de ser calculada para que no quedase medio de interpretarla favorable ni desfavorablemente sin dejar por eso de ser enérgica y cortés, á fin de contrariar completamente el objeto que se hubiera propuesto el rey Federico. Razonando así acabó por sacar en limpio que bastaría hacer contestar á la emperatriz, que atendidas las circunstancias de crisis general en que se encontraba la Europa, exigían su deber y la dignidad de su corona que adoptara medidas encaminadas á hacer respetar su propia seguridad y la de sus amigos y aliados. Así contestó la emperatriz el 26 de julio al embajador prusiano; solo que añadió la palabra: «y que no se proponía perjudicar á nadie.» Juntamente con esta contestacion que le envió su embajador recibió el rey Federico por su confidente en Dresde copia de la carta del conde de Flemming en la cual relataba su conversacion con Kaunitz y lo que este fué meditando por el camino de Schönbrunn. El mismo día en que tuvo su embajador la audiencia con la emperatriz, el embajador de Francia en Berlin marqués de Valory, comunicó al rey oficialmente, que en caso de ser atacada la emperatriz María Teresa estaría obligada la Francia á acudir á su auxilio, con lo cual el rey Federico tuvo lo bastante para convencerse de que en Versalles lo mismo que en Viena no había ya esperanza alguna de entenderse pacíficamente, y que de consiguiente no le quedaba mas remedio que proceder con arrojo

(1) Este documento como muchos otros que hemos citado, se encuentra *in extenso* en la *Historia de la guerra de siete años* por A. SCHAEFER (escrita en alemán).

y decision. Así lo escribió el mismo día de la audiencia á su embajador en Versalles, el caballero de Knyphausen; y recibido que hubo la relacion de Klinggraeff mandóle el 2 de agosto la orden de volver á preguntarse á la emperatriz. «La contestacion, decía, que he recibido no es contestacion ninguna, porque ni los Estados de la emperatriz ni los de sus aliados están amenazados por ningun lado. En cambio lo están muy mucho los míos; y á fin de no ocultar nada á la emperatriz, es preciso hacerle saber que estoy perfectamente enterado del tratado de alianza ofensiva que contra mí ha hecho á principios de este año con la corte de Rusia. En este tratado han convenido las dos emperatrices en atacarme de improviso, la de Rusia con 120,000 hombres y la de Austria con 80,000. Este plan que debía ser ejecutado en mayo del corriente año ha sido aplazado porque al ejército ruso faltaban soldados, á la escuadra marineros, y trigo á la Finlandia para alimentar tanta gente. Ambas cortes han decidido no aguardar mas allá de la primavera próxima; y ahora me confirman por todos lados la noticia de que la emperatriz concentra el grueso de sus fuerzas en Bohemia y Moravia, de modo que las tropas acampan cerca de mis territorios, y además se establecen depósitos de municiones de boca y guerra, y se forman á lo largo de mis fronteras cordones de húsares y de croatas, como si ya estuviésemos en medio de la guerra. Todo esto me autoriza á pedir á la emperatriz una explicacion formal y categórica, la declaracion de que no me atacará ni en este año ni en el siguiente. Quiero saber si estamos en guerra ó en paz, y dejo la contestacion á la emperatriz. Si sus intenciones son puras, ahora es el momento de demostrarlo; pero si se me contesta á manera de oráculo, con vaguedad y sin precision, quedará la emperatriz responsable de todas las consecuencias de esta tácita confirmacion de los proyectos perversos que ha forjado contra mí en union con la Rusia, y tomo á Dios por testigo de que soy inocente de las desgracias que de esto resulten.»

El 7 de agosto llegó esta orden á manos del embajador prusiano en Viena, y tan pronto como Kaunitz tuvo conocimiento de la nueva pregunta, que por cierto le era muy molesta, dijo al embajador, con el objeto de ganar tiempo, que la presentara por escrito; y como para esto era menester que aquel pidiera autorizacion á su soberano no pudo presentar la memoria sino el 18 del mismo mes.

En Viena no se disimularon la gravedad de esta declaracion y no dudaron que sería seguida de la invasion inmediata de los prusianos en Sajonia y Bohemia. La corte estaba convencida de las buenas intenciones del rey de Polonia y elector de Sajonia pero tambien lo estaba de la impotencia de su ejército y de su falta de todo lo necesario para oponerse al primer avance del enemigo. Por otro lado tampoco ignoraba que las propias fuerzas austriacas en Bohemia eran todavia demasiado insuficientes y el espíritu de la nobleza en aquel país estaba muy abatido para una resistencia eficaz. Por estas razones opinaron los generales Khevenhuller y Colloredo que fueron consultados, que se contestara á la pregunta del rey de Prusia en un sentido que si no evitaba la guerra, por lo menos la aplazase. Los condes de Kaunitz, Ulfeld y Bathiany al contrario observaron que la situacion en nada absolutamente había variado desde que se había dado hacia tres semanas la primera respuesta en conformidad con la resolucion expresa del consejo de Estado, á la pregunta del rey de Prusia; de suerte que retroceder era imposible, deshonoroso é inútil, porque no detendría la guerra ya que el rey Federico no se habría de contentar con una evasiva y pediría garantías que no se podían dar. Que los daños consiguientes á un comienzo de la guerra en circunstancias desfavorables, serían solamente momentáneos y luego venta-

osamente compensados con el auxilio que ninguno de los aliados negaría tan pronto como fuera un hecho la violacion de la paz por parte de Prusia (1). La emperatriz se declaró por esta última opinion, y el 21 de agosto se dijo á Klinggraeff que el tenor de la nota prusiana había indignado tanto á la emperatriz, que le era imposible contestarla, y que se limitaba á decir que las noticias referentes á una alianza ofensiva entre ella y la Rusia eran falsas y pura invencion. En efecto falsas eran por entonces, porque á la sazón no existía todavia tratado formal entre las dos potencias, segun hemos dicho en un capítulo anterior. En resúmen, no se dió al rey de Prusia la seguridad que había pedido y con esto quedó decidida la guerra. El 29 del mismo mes de agosto entraron las tropas prusianas en Sajonia.

En Versalles no se estaba preparado á una ruptura tan súbita; y si María Teresa hubiese comunicado el caso á aquella corte antes de dar su contestacion, como habría sido lo regular, se la habría instado ciertamente á no cometer semejante imprudencia. El abate Bernis desahoga en sus Memorias el profundo disgusto que le causó el proceder imprudente y autocrático de la emperatriz. La indignacion causada por la pretension insolente del rey de Prusia, dice, no debía impedir la reflexion de que solo se tenía reunidos 20,000 hombres en el campamento de Kolin, y que el rey Federico se encontraba á la cabeza de 100,000 hombres. «A haber reflexionado la emperatriz, habría dado la seguridad que había pedido, no sin llamarle la atencion sobre el carácter singular y ofensivo de la pregunta; porque así aplazaba la ruptura de las hostilidades y ganaba tiempo para reunir sus fuerzas, asegurar la Sajonia contra un golpe de mano, y permitir á las cortes aliadas concertar las operaciones colectivas, con lo cual ganábamos nosotros tambien el tiempo necesario para tomar nuestras disposiciones militares y económicas. En lugar de esto la corte de Viena precipitó su contestacion á la Prusia, y nos la comunicó cuando ya la había dado.» «Así, sigue diciendo con gran dolor el abate, se abrió la lucha antes de que los combatientes estuviesen preparados, originándose de aquí la fatal confusion y las desgracias que podían haberse previsto y evitado.»

Todo esto era muy exacto y puesto en razon, mirado desde el punto de vista francés; pero este no era el punto de vista de la emperatriz, y así lo comprendió tambien el abate Bernis, porque dice: «María Teresa estaba ya con nosotros poco mas ó menos acorde respecto de la cuestion principal, y por esto se apresuró á embarcarse en la empresa por temor de que algun caso imprevisto nos privara mas adelante de tomar abiertamente partido por ella. Calculó que difícilmente se le presentaría otra ocasion tan magnífica para humillar al rey de Prusia, y que una vez declarada la guerra, marcharian las negociaciones con mas brio y se tomarian con mas rapidez las resoluciones, que la corte de Rusia, en vista de la invasion de Sajonia y de Bohemia, se decidiría con mas facilidad á adoptar. Se pondría sobre las armas el imperio alemán, que llamaría á su auxilio á la Francia y á la Suecia como potencias garantes de la paz de Westfalia, y finalmente, aunque el rey de Prusia alcanzara al principio algunas ventajas, la escena cambiaria muy pronto por efecto de la reunion de los ejércitos de las monarquías mas poderosas.»

Estas consideraciones son la justificacion mas completa del proceder de la emperatriz. Por otra parte sobrado tiempo había tenido la Francia para impedir la guerra, bastando tan solo para esto haber permanecido neutral en la contienda; pero habiéndose dejado arrastrar con increíble obcecacion á una guerra general en provecho del Austria, debía

(1) Véase la obra de ARNETH, tomo 5, pág. 11 y 12.

estar preparada para esta y otras sorpresas del mismo género. Sobre todo, debía haber previsto que su aliada no dejaría pasar el menor pretexto que diera el rey de Prusia, sin valerse de él al instante para presentarle y tratarle como violador de la paz; y por último debió tener en cuenta el deseo de aniquilar al rey de Prusia que dominaba en la emperatriz á todas las demás consideraciones. Estaba segura del auxilio ruso; pero no esperaba de Rusia esfuerzos gigantescos hasta haberlos visto; de modo que sin la esperanza del auxilio francés en tropas y dinero, jamás se habría arrojado á semejante guerra. Para asegurarse este auxilio provocó el ataque de parte de la Prusia; importándole muy poco los reverses que pudiera acarrearle al principio de la campaña, y mucho menos la suerte que tocaría á la Sajonia. Si de esta última se hubiese cuidado en algun modo, no habría dejado pasar los últimos años sin tomar disposiciones en favor del electorado; pero en lugar de esto hasta inutilizó las proposiciones que el gobierno francés había presentado á este fin.

El derecho de existir de la Prusia envolvía el derecho de ocupar la Sajonia; solo negando el primero podía negarse el segundo. En una guerra en que se trataba de la existencia de la Prusia, no había mas alternativa para aquel de sus vecinos cuyo territorio se interponía entre ella y su adversario, que ser hasta el fin de la contienda su fiel compañero de armas, aun á riesgo de sucumbir juntos, ó quedar del primer golpe fuera de combate y ver su territorio incorporado á la Prusia durante la guerra. Esta fué la necesidad que se imponía á Federico, aun cuando la política sajona hubiera sido solamente ambigua, incierta y versátil en lugar de ser como fué tan traidoramente hostil, constantemente belicosa é insaciablemente ambiciosa, segun ella misma se había retratado en los documentos que se habían facilitado al rey Federico. Este no podía tolerar una Sajonia solamente dudosa sin poner en peligro su monarquía. ¡Con cuánta mas razon no había de mirar como botín de guerra una Sajonia enemiga, y hacer de ella el teatro de la lucha antes de permitir que lo fuesen sus propios dominios! Tan evidente era esto para cualquiera inteligencia política, que no se ocultó al abate Bernis, el cual, dejando á la imaginacion de sus lectores el cuidado de encontrar el medio que Federico habría debido aplicar para ocupar militarmente la Sajonia sin invadirla previamente, dice de este modo: «Pueden hacerse cargos al rey de Prusia por la invasion, pero no por la ocupacion de la Sajonia. Con la primera ha cometido una injusticia, pero respecto de la segunda ha procedido como monarca y general hábil, procurándose recursos y ventajas estratégicas sin las cuales habría sucumbido. En la guerra el éxito lo justifica todo: los vencidos pagan el gasto; los indecisos son vituperados si se estrellan, y á menudo recogen el desprecio de sus contemporáneos y de la posteridad. Es triste y vergonzoso para la humanidad que principios tan injustos hayan sido consagrados por la historia de todos los tiempos!»

VIII.—LA CATÁSTROFE DE SAJONIA

En la flor de su carrera de errores criminales alcanzó la Nemesis al régimen del conde de Brühl. A todas las maldades que este funesto personaje había cometido durante una serie de años despilfarrando sin conciencia los recursos de su país, y destruyendo su porvenir con su diplomacia falaz y traidora, solo le faltaba agregar el último crimen, y lo cometió abandonando á su desgraciado país á la triste suerte que él mismo le había preparado, no solamente indefenso, sino lo que fué mas horrible, sin direccion ni consejo. Se comprende que un hombre como el conde de Brühl, minis-